

EL INDIO

en la literatura hispanoamericana

Ana María Urruela V. de Quezada

Introducción

El 12 de octubre de 1992 se cumplirán 500 años del Descubrimiento de América. La proximidad de la fecha ha venido a revivir el interés por conocer a fondo todos los pormenores relacionados con este acontecimiento y con la posterior conquista de los países hispanoamericanos. Por esta razón los estudiosos han puesto la mirada en todas las posibles fuentes de información para contribuir con sus trabajos a una mejor recreación de ese pasado histórico.

En mi caso y como resultado de ese mismo interés, he escogido la literatura como punto de partida porque estoy convencida de que detrás de la palabra escrita se esconden las claves que han de servir para recrear ese mundo y orientar la aclaración de la duda que se tiene en el presente sobre la identidad de los pueblos hispanoamericanos.

En la lectura diacrónica de los textos coloniales, de las expresiones literarias de la época independiente y de la nove-

la y del cuento actuales predomina la presencia del indio y es a éste al que me refiero en este ensayo. El indio es el personaje que transita a lo largo de todas las páginas y el tratamiento que recibe, coincide con factores históricos más que con otros de diversa índole. Por consiguiente, para explicar y configurar a este personaje, empleo una metodología histórico-literaria partiendo siempre del texto hacia afuera y no al revés, aun cuando estimo que por este procedimiento, seguramente se llegue a diferentes conclusiones de las tradicionalmente conocidas.

I PARTE

El indio en la literatura colonial

Los españoles, desde el momento en que ponen pie en las Islas del Caribe y, luego, en tierra firme, se quedan maravillados ante la exuberancia de la naturaleza tropical, perplejos ante las criaturas que habitan las nuevas tierras, e inquietos por conocerlas, deciden explorarlas y conquistarlas. Desde entonces surge para ellos la obligatoriedad de anotar todas las aventuras y experiencias sin iguales. Por eso es que para lograr el propósito de este ensayo me veo obligada a remontarme a ese pasado lejano, quizá remoto, puesto que es indispensable reconocer que en esos escritos ya hay señalamientos básicos que ayudan a reconstruir ese escenario y a dar vida a las personas que nos anteceden en el cotidiano quehacer de nuestra propia historia.

El Descubrimiento y la posterior Conquista, y todo lo que a estos sucesos concierne, engendran innumerables historias que se recogen de manera oficial y particular. Los cronistas oficiales los recopilan para cumplir con el deber de informar a las autoridades españolas y los particulares lo

hacen espontáneamente, aunque, sin lugar a dudas, muchos pretendan con ello alcanzar el título de cronistas oficiales y sus consabidas prebendas.

Los primeros cronistas de América fueron los propios españoles, es decir, los soldados, conquistadores y misioneros, que escriben, a su manera, con todo el bagaje cultural que traen a cuestas. Unos recogen mayores datos que otros, pero toda la información es valiosa a pesar de que proviene desde la perspectiva del vencedor. El indio, así denominado a partir de entonces, queda, en lo que a la historiografía se refiere, inmerso en el silencio y para que llegue a expresarse tendrá que transcurrir mucho tiempo.

Los cronistas pueden ser divididos en dos grandes grupos: laicos y religiosos. A cada cronista se le vincula con el país hispanoamericano en el que vive o sobre el que escribe. De esa manera se deja de lado su cuna española y se habla de cronistas guatemaltecos, mexicanos, etc.

En los primeros años hubo algunos cronistas mestizos que trataron de evocar y reconstruir su pasado, pero son pocos y sus obras no tienen un mayor significado literario por lo que me circunscribo a mencionar al mexicano Hernando de Alvarado Tezozomoc que escribe *Crónica Americana*, y a Fernando de Alba Ixtlilxochitl, autor de *Historia Chimimeca*, obra escrita en náhuatl y probablemente traducida por él mismo o por un intérprete. También Perú tiene una figura sobresaliente, el Inca Garcilaso de la Vega, quien nace en 1539, en el Cuzco, Perú, de padre español y de madre inca. Garcilaso, a los veintiún años, se va a España, no vuelve a América y muere en Córdoba en 1616. Su caso es curioso en el sentido de que, a diferencia de otros cronistas, él escribe en España sobre América, y sin haber participado en los acontecimientos que narra.

En Guatemala, como en todos los países hispanoamericanos, los cronistas también son laicos o religiosos. Entre los primeros he escogido al soldado español Bernal Díaz del Castillo (1495-1582) y al criollo Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699) porque los dos sirven también de ejemplo para toda hispanoamérica y porque entre la vida de ambos transcurre más de un siglo de diferencia. Además, se distinguen, entre otros, por los factores siguientes: mientras Bernal nace en España, Fuentes y Guzmán es oriundo de Guatemala; el primero es un conquistador español y en cambio el segundo es un criollo; aquél escribe una vivencia y éste repite lo que otros ya han dicho aunque, por supuesto, lo matiza y le incorpora su momento histórico. De todas formas es posible cobijarlos bajo cielo guatemalteco. También se les puede tener como ejemplo para conocer cómo los laicos enfocan la realidad indígena de aquella época.

Entre el grupo de cronistas religiosos se menciona a los frailes dominicos Antonio de Remesal (15?-1627) y Francisco Ximénez (1666-1720?), y al franciscano Francisco Vásquez (1647-1713 o 1714), porque sus obras rebasan las fronteras guatemaltecas y sirven de guía para conocer el quehacer de los evangelizadores en todo el continente.

Estos autores, al igual que los otros historiógrafos en el resto de América, además de su afán enciclopédico, en mayor o menor escala, mezclan la historia con la fantasía, la magia con la ciencia, la poesía con la realidad, de tal suerte que de manera consciente o inconsciente, poco a poco, describen el ámbito y el ambiente necesarios para configurar el novedoso mundo hispanoamericano en el que sus habitantes, los indios, les parecen tanto o más extraños que el propio espacio. Todo es tan nuevo y tan diferente que, como anota Bernal Díaz del Castillo, "... parecía a las cosas de encantamien-

to que cuentan en el libro de Amadís, ... y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían sí era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho qué ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aún soñadas, como veíamos" (Cap. LXXXVII, p. 159).

Interesa particularmente estudiar a Díaz del Castillo debido a que, desde 1519, año en que se une a las huestes de Hernán Cortés rumbo a tierra firme, inicia su vida de aventuras, peligros, sabores y una que otra satisfacción, que después, como experiencia vivencial, recoge en su crónica. Bernal fue soldado, conquistador y aventurero y más que nada, para lo que a nosotros importa, autor de *La Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento y Conquista de la Nueva España y Guatemala*. Esta crónica la empieza a escribir en su edad madura, allá por el año 1555 cuando —ya retirado— vive en Santiago de los Caballeros de Guatemala, hoy Antigua Guatemala.

Bernal narra, en sucesión temporal, el descubrimiento de Yucatán, los avatares de Hernán Cortés en la conquista de México y la conquista de Guatemala que dirige Pedro de Alvarado. Los acontecimientos los visualiza desde su propia perspectiva y de esa misma manera le da énfasis a lo que él considera de mayor importancia. A la conquista de México, por ejemplo, le concede la mayor parte de la narración porque él toma parte activa en la misma; a la conquista de Guatemala, en cambio, le concede menos atención porque él no participa directamente en ella.

En la narración que hace Bernal de estas dos conquistas, hay dos clases de personajes o dos fuerzas que se oponen entre sí. Por un lado, están los conquistadores españoles, y por otro, los in-

dios. Dicho en otras palabras, Bernal enfrenta a vencedores y vencidos en interminables batallas, previo a las cuales, y para fortuna de América, describe, con todo detalle, el escenario tropical, la selva, ríos y lagos, los montes y los animales y, desde luego, no puede omitir al indio, a ese "enemigo" que señala como un salvaje, canfbal e idólatra. Esta concepción es posible advertirla de manera singular en el pasaje que corresponde al momento en que describe la Noche Triste, o sea, cuando los españoles triunfan y se adueñan de Tenochtitlán. Leámoslo con sus propias palabras:

"Vimos, que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, a sacrificar y desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio en donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en la cabeza y con unos aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, luego les ponían de espaldas en unas piedras algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a los ídolos que allí presentes tenían, y los cuerpos dábanlos con los pies por las gradas abajo, que estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras deshollaban, y las adobaron después como cuero de guantes, y sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chirmole, y de esta manera sacrificaron a los demás, y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangres, la ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas..." (pp. 352-353).

No obstante que Bernal narre por un lado, otras batallas menos sangrientas, que señale que el in-

dio conoce de las plantas y de la naturaleza, que ejerce un buen sistema de gobierno, y que también aprende la santa fe y diversos oficios, y que, por otro, hace una pintoresca y bellísima descripción del mercado de Tlatelolco, nada, absolutamente nada de ello, sirve para borrar de la mente del lector ni la imagen de un indio idólatra y vicioso, ni el cuadro de las monstruosas batallas en las que la muerte deja infinitas huellas en vencedores y vencidos. Sutilmente se podría entrever un ligero cambio de apreciación en este sentido cuando, al final de su vida, indica haber "quebrado el hierro". Esto es lógico porque ya han transcurrido varias décadas desde la Conquista y la fundación de las primeras ciudades y se ha iniciado la pacificación.

Ahora preguntémosnos qué pasa con esta concepción bernaldiana casi un siglo después y si se mantiene aún vigente el concepto de un indio cruel y sangriento.

Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, su rebisnieto, escribe la *Recordación Florida o Discurso Historial, Natural, Material, Militar y Político del Reino de Goathemala*. También es autor de otras obras pero a nosotros nos parece que es ésta la que nos sirve como punto de comparación con la obra de Bernal. Fuentes y Guzmán, según sus propias palabras, escribe "confiado en el celo e impulso del amor a la patria que me arrebató, siendo lo propuesto bastante motivo para mi estímulo". (Cap. I, p. 4). El tema central de la obra ya no es la conquista de México ni de ninguna otra nación; él no fue soldado ni tampoco toma parte ni vive durante las conquistas; no, Fuentes y Guzmán, más de un siglo después de Bernal, igual que otros cronistas, lo que hace es repetir o corregir lo dicho por éste pero también lo enriquece puesto que su deseo, por cierto ambicioso y barroco, es configurar el mundo colonial guatemalteco de

manera integral. Por ello, además de la historia, su obra aborda y abunda en temas naturales, materiales y políticos.

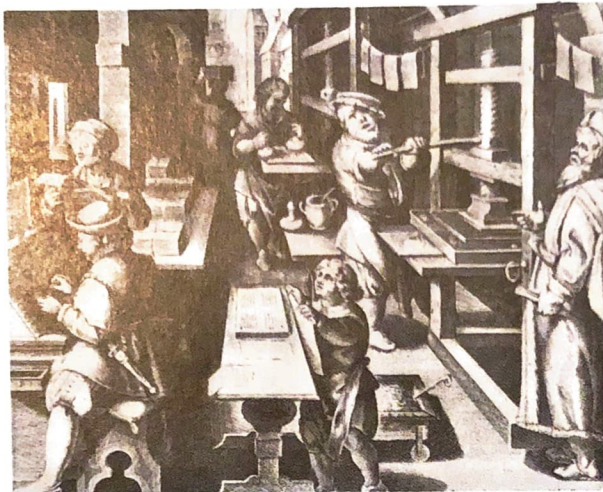
La obra historiográfica que escribe es múltiple y en lo que al indio respecta, su concepción es totalmente distinta de la de Bernal. Es diferente porque el indio cruel y salvaje que está presente en los primeros años de la Conquista, ahora ya no es un enemigo ni un violento oponente sino un indio pacífico, sometido y explotado. ¿Son éstos los frutos de la Conquista? La visualización de Fuentes y Guzmán ya no es la del conquistador que esclaviza con la espada sino la del criollo, es decir, la de un descendiente de españoles nacido en América, lo que también pone de manifiesto que al haber transcurrido, como dijimos, entre ambos cronistas más de un siglo, la situación ha experimentado notorios cambios. Fuentes y Guzmán hace notar que el indio vive en la marginación y en la miseria y que nunca antes, ni tampoco en su momento, ha gozado de algún tipo de privilegios, libertades o prebendas. El cronista, por otro lado, siente amor por su patria, sentimiento que lo hace idealizarla, sobre todo cuando describe el ambiente natural que a todos maravilla, pero ello no es óbice que le impida denunciar la lastimosa situación de abandono en el que está inmerso el indio.

Adicionalmente a esta denuncia, lanza otras más en contra de las autoridades españolas pero hasta allí llega, pues no redime al indio ni abre las puertas a posibles soluciones. Fuentes y Guzmán, finalmente, transmite en su obra una visión panorámica única de un pueblo en el que sus habitantes —ya no sus enemigos— transitan con el pesimismo a cuestas, con el alma y el espíritu agobiados ante un futuro igualmente incierto.

Al punto de vista de estos dos cronistas laicos hay que sumar, por lo menos, el de algunos cronistas religiosos porque sólo así se puede determinar de una mejor manera el tratamiento que se da al indio en los textos de la época colonial.

Los evangelizadores, dominicos y franciscanos especialmente, son los que escriben crónicas religiosas. Estos misioneros, tal y como se desprende del título de sus obras, tienen un papel que cumplir: la evangelización del indio. Por consiguiente, con esta meta fijada *a priori* emprenden tanto el adoctrinamiento como el registro de todos los sucesos pertinentes. Lo primero que sobresale en sus trabajos es que los evangelizadores coinciden con los cronistas laicos en ver al indio esclavizado, sojuzgado y explotado. A diferencia de éstos, los cronistas misioneros sí se constituyen en defensores del indio. Fray Bartolomé de las Casas promueve e inicia esta política y lanza el grito contra el abuso de los conquistadores, luchando ardientemente por la obtención de las cédulas reales que manden que no se les esclavice. Más tarde llega mucho más lejos cuando exige que el indio sea considerado y respetado como cualquier otra criatura humana.

En sus descripciones los cronistas evangelizadores se ocupan de los mismos acontecimientos en torno a la conquista de América que son abordados por los cronistas laicos, pero al mismo tiempo deciden corregir, quitar y añadir lo que ya éstos han mencionado. Sin embargo, no es esta temática ni la polémica entre franciscanos y dominicos sobre cuál de las dos órdenes arriba primero a las tierras recién descubiertas y a cuál de las dos se le debe reconocer mayores méritos en la evangelización, lo que interesa en el presente ensayo. Tampoco es primordial conocer la biografía de los primeros religiosos y la forma como mueren a manos de los “salvajes idólatras”. Desde una



Los intelectuales (como los impresores y los escritores) ayudaron a crear la “mutación intelectual” del Renacimiento.

perspectiva literaria, me parece mucho más importante señalar que a medida en que se lee a los cronistas evangelizadores en sucesión temporal, se percibe un evidente cambio en el tratamiento del indio, que incide directa e influyentemente en expresiones literarias posteriores. En estas obras la narración de los hechos sangrientos pasa a un segundo plano. En efecto, el indio deja de ser el salvaje enemigo que anteriormente ha destrozado y matado con crueldad a sus hermanos religiosos para pasar a ser considerado más como un idólatra y un ignorante al que se le debe enseñar el camino de la fe, la senda de la salvación.

¿Qué sucede entonces? El religioso se compadece del indio, lo protege, busca comunicarse con él para lo cual aprende las lenguas indígenas y con ello aumentan el escaso conocimiento que hasta entonces tenía de él. De esta manera se acercan mucho más que los laicos al conocimiento del carácter del indio, observan sus costumbres —aunque se las cambien o traten de cambiárselas—, aprecian el saber que tienen sobre los secretos de

la naturaleza, reconocen el buen gobierno que ejercen entre sí, y hasta adaptan a las loas bailes y música para enseñarles doctrina cristiana. Sin sentirlo, quizás, van perfilando un mejor retrato del indio y de su raza, se dan cuenta de que sí es posible aprender también de ellos, de que sí son seres humanos, que tienen ilusiones y sufren de engaños, que sienten, que piensan y, lentamente, pero con métodos efectivos les imponen su religión.

Otro aspecto que se desprende de la interpretación histórico-literaria de estas obras es que los cronistas religiosos, a la hora de explicar el proceso de evangelización, utilizan elementos que en la actualidad están fuertemente arraigados en la literatura hispanoamericana. Me refiero al mito, a la magia y a lo real-maravilloso. Los misioneros incluyen en sus obras mitos y supersticiones indígenas y también leyendas, pero lo hacen con premeditación e inteligencia. Sabiamente los alteran supliendo los nombres de ídolos paganos con los de santos cristianos para que sean estos últimos los protagonistas a quienes se les debe atribuir las acciones. Cuando esto no es posible, simplemente inventan o interpolan textos similares.

Fray Antonio de Remesal en su crónica intitulada *Historia General de las Indias Occidentales y Particulares de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*, cuenta que Cuauhtémoc fue advertido de la venida de los “conquistadores” con profecías como las siguientes: “sin viento se alborotan las aguas del lago, se incendia un templo cuyas llamas los aztecas quieren apagar, pero mientras más agua les echan más arde el fuego, que se ven cometas en el aire, a dos hombre unidos en un solo cuerpo”, y otras cosas extraordinarias más, que él y otros evangelizadores han de aprovechar en su debido momento (Vol. 1, p. 266).

Fray Francisco Vásquez (1647-1713 o 1714) también ilustra su *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala* con este tipo de hechos fantásticos o milagrosos, dependiendo de cómo quiere vérselos. Escribe Vásquez que:

“Pasando un hombre natural de Olancho el Viejo, años ha, por un palmar cerca del río de boca entre la fantasma y el xicaque, le salieron a robar y saltaron unos indios infieles; entre las cosas que le robaron fue una imagen de Nuestra Señora. Quisieron los indios llevársela a la montaña, mas no pudieron porque se hallaron cortados los pasos, y así en una palma abriéndola por el medio, pusieron la imagen. Pasaron tiempos después otros infieles y juzgando la cosa viva le dispararon saetas, mas ninguna llegaba a la imagen sin que se volviera para los que las tiraban. Esto se divulgó entre ellos y ya teniéndola por cosa divina de aquellas montañas o nahual, le ofrecieron flores y aromas.” (p. 196). Esta misma imagen persigue el cronista, la roban los lencas una noche, en el mes de octubre, fecha en la que asaltan la población y casi degüellan a Fray José Malespina: “Un día solo faltaba para cumplirse ochenta cuando poco más de las oraciones, estando el hemisferio entoldado de una menuda niebla, se vio una arco iris de vistosos matices formado, que comenzaba en la parte del oriente y terminaba en el ocaso; bien contra lo acostumbrado. Duró un cuarto de hora y yendo ya resolviéndose, corrió por la misma zona y rastro que iba dejando un lucidísimo globo de resplandores muy claros que despidiendo rayos de luz, parecía un hermoso sol. Detúvose en la parte superior del semicírculo alumbrando todo el ámbito, causando admiración a cuantos le atendieron. A visión tan peregrina, se siguió un sonoro y acelerado repique de tres campanas de la Iglesia de Santa María ... a lo que españoles, indios y ladinos acudieron a la casa del religioso, repican de nuevo las campanas, corren todos creyendo que iban a ser asaltados hasta que una

niña exclama: Milagro, milagro: no se cansen, que ha venido la Virgen, la Virgen ha venido a su casa” (Cap. XXIV, pp. 198 y 199).

Efectivamente, todos a una ingresan en la Iglesia mientras las campanas siguen repicando por sí solas y encuentran a la Virgen sobre el altar.

Considero que lo importante no es aceptar que con estas expresiones logran adoctrinar a los infieles, sino reconocer que detrás de ellas subyace el hecho de que estos “conquistadores de sotana”, nombre con el que también se denomina a los misioneros, penetran en el mundo mítico, mágico y fantástico del indio hasta darse cuenta cabal de que ello es parte de la idiosincrasia del indígena. Este es el rasgo literario que en el siglo XX incorporan a su narrativa geniales escritores del *boom* hispanoamericano y de la narrativa actual.

Por último, a los cronistas religiosos, sin exonerar el agravio cometido con la destrucción de muchas obras indígenas, también se les aplaude el salvamento y conservación de otras obras. En este aspecto, en Guatemala se reconoce a Fray Francisco Ximénez (1666-1720?) el rescate, entre otros textos, del *Popol Vuh*, la “biblia” del pueblo quiché, ejemplo extraordinario de los pocos textos indígenas que aún hoy se conservan.

En síntesis, se puede concluir que los indios en la época colonial, sin la voluntad de ellos mismos, son los sujetos en quienes se ejerce la conquista, la pacificación y la evangelización. Por eso en las páginas de las crónicas son agonistas y el papel protagónico pertenece, en cambio, a las autoridades españolas, a los conquistadores, a los frailes misioneros. La presencia del indio en este tipo de literatura es sinónimo de resignado ausentismo.

II PARTE

El indio en la literatura pre y post-independiente



Al finales del siglo XVIII y principios del XIX, la autoría del conquistador, del soldado y del misionero, es sustituida, literariamente hablando, por la del criollo, por ese americano de origen europeo que revisa su momento histórico y su propia americanización para encaminar sus afanes hacia la independencia política y la libertad intelectual.

El grupo de criollos obsesionados por el afán independentista y el progreso intelectual sobresa- le también como hombres de letras que despliegan en sus manifestaciones literarias, tales como las piezas de oratoria, el ensayo y la fábula, una temática americana que gira en torno a las causas por las que se lucha, sin excluir la alabanza a los líderes criollos, como Bolívar, y a las batallas.

En consecuencia, a la par que se inician las guerras de independencia, alrededor de 1820, no así en Guatemala en donde las luchas se dan solamente en el campo ideológico, se publican folletos y periódicos que difunden las nuevas ideas de la ilustración y del cambio. La literatura pasa a estar al servicio de ideales sacrificando, la mayoría de las veces, su valor estético. Priva, entonces, el predominio de una expresión literaria al servicio de causas políticas e intereses racionalistas antirrománticos. La temática versa sobre la educación para el pueblo, mejoras en la salud y en la vivienda, cambios en todos los órdenes políticos y sociales. De esta cuenta, se vuelve la mirada hacia el indio cuando se pide para él la abolición de todas las formas de esclavitud y servidumbre.

El tema del indio cobra efímera notoriedad, cuando se promueve su incorporación a la sociedad proponiendo, en primer término, que: "... se vista y se calce a la manera española" (La Gazeta de Goathemala, I, 46, 18 de diciembre de 1797, pp. 367-8) para luego reconocer su potencial intelectual y artístico, su capacidad para el trabajo. Este reconocimiento resulta ser una utopía puesto que significaba, nada menos, que el resquebrajamiento de la economía colonial que se apoyaba en la explotación de la mano de obra del indígena. Lo que en realidad sucede es que el indio es mencionado cuando sirve de instrumento o en escasísimas obras, como en el caso de las *Silvas Americanas* (1823-1826) de Andrés Bello (1781-1865), en las que hace gala de las leyendas indígenas pero, realmente, tampoco aquí ni en ninguna otra obra literaria alcanza un papel protagónico, sino más bien pasa a ser una figura decorativa en el paisaje tropical.

La independencia no significa paz, prosperidad, ni mucho menos igualdad y fraternidad entre los países hispanoamericanos. Acontece todo lo contrario, puesto que las luchas intestinas y fratricidas entre las naciones nuevas recién emancipadas de España, sustituyen dramáticamente los ideales independentistas. Consecuentemente, la literatura eufórica, el discurso político y social y también la fábula que ha servido de instrumento en la educación, se hacen a un lado y decaen porque los autores también sufren del caos y del fracaso anteriores. Muchos de ellos experimentan la amargura del ostracismo como secuela de su oposición a los gobiernos que siguen a las fechas de independencia. El exilio y el alejamiento de sus terruños provocan una literatura romántica en la que los autores evocan la patria con nostalgia, retoman temas íntimos, biográficos y, de nuevo, le dan primacía a la naturaleza, a sus bosques, a sus selvas, a sus ríos y lagos. La temática política

y social da paso a una manifestación literaria romántica, sentimental que es la única que puede recoger la frustración, el fracaso y la desesperanza de los ideales inalcanzados. Obviamente, el indio no tiene lugar en estas obras literarias porque si ni siquiera tiene un papel protagónico en las luchas independentistas menos ha de ser tomado en cuenta en la época que sigue inmediatamente.

En 1812, el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), publica *El Periquillo Sarniento*, primera novela americana, obra picaresca en la que critica a la sociedad mexicana del momento por sus vicios, por su miseria, por su pésima administración, etc. El Periquillo es importante porque retoma una actitud realista, objetiva y verosímil y porque el elemento crítico da lugar a que se utilice la sátira para censurar la vida cotidiana en los otros países hispanoamericanos y también a personalidades que juegan papeles importantes en la política de las naciones.

En Guatemala hay dos figuras representativas de este fenómeno. Por un lado, está José Batres Montúfar (1809-1844) que escribe en verso tres cuentos intitulados *Las Falsas Apariencias* que sirven, cabalmente, para criticar, con un gran sentido del humor, a la sociedad colonial, apenas dejada atrás y, por otro, tenemos a María Josefa García Granados (Esp.-Gua. 1848) que en verso y en prosa satiriza a figuras relevantes del momento.

A lo largo del siglo XIX y principios del XX, como resultado de estos sucesos históricos, el indio casi no aparece. Primero se da una literatura comprometida de corte neoclásico, y después otra romántica, realista y costumbrista. Esta literatura no pasa de ofrecer más que "intentos" literarios, no es una literatura pura, *in strictu sensu*. En las obras se mezclan las tendencias, se sujetan los

temas y prevalecen los personajes criollos que sólo representan parte de la realidad americana. De todos modos, lo que sí es cierto y fundamental es que en este período, de poco más de un siglo, gracias a esas incipientes piezas literarias, la literatura va a tomar forma y a definirse en el siglo XX.

En resumen, el indio, en esta etapa aun no juega ningún papel primordial en las obras literarias puesto que él no constituye la preocupación esencial del autor criollo, que apenas lo esboza en algunos cuadros de costumbres. Lo que sí es importante reconocer es que al afirmarse el sentimiento americano que sigue a la época independentista, el criollo, ahora ladino, producto del mestizaje, busca definirse en su amor por la patria así como explicarse el caos del momento y, de nuevo, obligadamente, torna la mirada a la tierra, a la naturaleza, como si allí estuviera la respuesta al fracaso presente y al futuro inmediato. Lo que encuentra, otra vez, es al indio, quien verdaderamente pertenece a ella. Lo anterior se traduce en una literatura que se ocupa del momento histórico en obras regionalistas, indigenistas y criollistas, antes de hacerlo en la nueva narrativa contemporánea.

III PARTE

Siglo XX

La ausencia protagónica del indio es una constante en la narrativa desde la Colonia hasta principios del siglo XX, época en la que la literatura no llega a ser un arte por sí misma puesto que el valor intrínseco de la palabra ha sido sacrificado para que sirva más de instrumento ideológico, pragmático e histórico. Son muy pocas las expresiones que no se sujetan a estas características y las que

no lo hacen, infortunadamente, tampoco alcanzan, a mi juicio, cualidades altamente valiosas, literariamente hablando aunque, por supuesto, se constituyen en los pilares de la literatura del futuro inmediato.

Se consolida nuestra literatura

Termina el siglo XIX y principia el siglo XX con múltiples manifestaciones americanas histórico-románticas como las novelas de José Milla y Vidaurre (1822-1882), o costumbristas como la de Lizardi, antes mencionada; y también con otras de corte romántico-realista como *María* (1867) de Jorge Isaacs (1837-1895). Por supuesto que al mismo tiempo se producen novelas al estilo europeo, pero son débiles en su estructura, tales como las naturalistas de Enrique Martínez Sobral (1875-1950) y, por encima de todas ellas, excelentes, creaciones modernistas cuyos temas exóticos y cosmopolitas tampoco admiten personajes indios. No obstante lo anterior, hemos de desembocar en una literatura resultante de la "mirada puesta en la tierra americana y en su naturaleza". Me refiero a la literatura criollista y regionalista que encamina a los autores a la expresión indigenista y, con posterioridad, a la de vanguardia.

La revolución mexicana es el acontecimiento histórico que marca, a mi juicio, el surgimiento de la literatura verdaderamente americana. Esa revolución, hecho sangriento y doloroso, sirve de excusa y de propósito para obras menores, pero así mismo favorece a grandes expresiones literarias en las que, en perfecto equilibrio, se adaptan formas y contenidos. En ellas ya juega un papel importante el indio.

En la novela de la revolución, el indio es un personaje principal a pesar de seguir siendo un

agonista y una víctima. Tomemos como ejemplo la clásica novela *Los de Abajo* (1915) de Mariano Azuela (1873-1952). Esta obra tipifica de una manera magnífica el papel del indio en esos momentos. Demetrio Macías, el protagonista, es un campesino que no sabe por qué se involucra en la lucha revolucionaria, al punto en que al final, después de que a su lado caen abatidos sus compañeros, él también muere, con el rifle en las manos, sin saber por qué ni para qué luchó. Dice Azuela:

"El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas. La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla altísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia. Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil..." (p. 140).

Qué mejor ejemplo para hacer gala de una hermosa naturaleza que sabe cobijar, sin desmerecer, la triste realidad de un campesino que ahora tampoco sabe por qué muere ... Y desconoce la causa porque el indio en las novelas de la revolución mexicana no obstante ser el protagonista que hilvana la acción, todavía representa la miseria y la ignorancia. Otra vez se convierte en instrumento, porque pasa a ser el personaje representativo de una causa, vacío, sin ideales, víctima de nuevas circunstancias históricas, porque, ahora también es explotado militarmente.

A la literatura de la revolución mexicana le sigue la novela criollista, regionalista e indigenista en la que el indio ya aparece, permanentemente, como un personaje. En la novela regionalista, como lo indica el calificativo, sobresale más el

espacio en que el que se mueven los protagonistas y en la indigenista predominan los problemas del indio. En ambas el tema principal aún es de carácter social y político.

Imprescindible es, a estas alturas, tomar algunas novelas como ejemplo y leer algunos pasajes que ratifican la anterior afirmación.

Veamos la novela *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos (1884-1969), obra que ejemplifica la corriente regionalista y que se publica en 1929, o sea, catorce años después de *Los de Abajo* de Azuela. *Doña Bárbara* es importante porque el tema —el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie—, lo desarrollan dos personajes opuestos, doña Bárbara, símbolo del cacicazgo, y Santos Luzardo que representa la ley, el progreso y la civilización. Los personajes se mueven en la llanura desierta, en la naturaleza americana que o los redime o los victimiza. Surge así otra fuerza opositora, esta vez de carácter natural, contra la que también ha de luchar el indio. Leamos el pasaje que sigue al momento final en que doña Bárbara, solitaria, vaga por el río con todo el peso de la desesperación porque es vencida por el “progreso”:

“Llegó el alambre de púas comprado con el producto de las plumas de garza y comenzaron los trabajos. Ya estaban plantados los postes, de los rollos de alambre iban saliendo los hilos y en la tierra de los innumerables caminos por donde hace tiempo se pierden, rumbeando, las esperanzas errantes, el alambrado comenzaba a trazar uno solo y derecho hacia el porvenir” (p. 304).

Qué pasa con *Huasipungo*, (1934) la clásica novela del ecuatoriano Jorge Icaza (1906-), publicada alrededor de estas fechas. *Huasipungo* es una novela en la que el hacendado luce como un

explotador del indio hambriento, sucio y miserable. Como si esto fuera poco, todavía se acerca un mal peor: el gobierno y el extranjero que se quieren apoderar de sus tierras. Recordemos el trágico final que ocurre después que la Cunshi muere por comer carne de res envenenada, y su marido Andrés Chilingua trata de escapar de la muerte:

... “Qué carajuuu” —se dijo—. Apretó al muchacho bajo el sobaco, avanzó hacia afuera, trató de maldecir y gritó, con grito que fue a clavarse en lo más duro de las balas:

—¡Nucanchic huasipungooo!

De pronto, como un rayo, todo enmudeció para él, para ellos. Pronto, también, la choza terminó de arder. El sol se hundió definitivamente. Sobre el silencio, sobre la protesta amordazada, la bandera patria del glorioso batallón flameó con ondulaciones de carcajada sarcástica. ¿Y después? Los señores gringos.

Al amanecer, entre las chozas deshechas, entre escombros, entre las cenizas, entre los cadáveres tibios aún, surgieron como en los sueños, sementeras de brazos flacos como espigas de cebada que al dejarse acariciar por los vientos helados de los páramos de América, murmuraron con voz ululante de taladro ...

— Nucanchic huasipungo

— Nucanchic huasipungo. (p. 175).

El grito rebelde del indio termina la novela en la que ya hay una actitud de supervivencia y de oposición, pero me parece que el exceso de uso de voces quechuas, la continua acentuación de la explotación del indio, tanto por el hacendado como por el gobierno y, ahora, por los intereses imperialistas, hacen que la obra desmerezca porque se convierte en un lamento, en una abierta denuncia enmarcada por la agobiante realidad. De

esa manera pierde vigencia para pasar a ser el ejemplo de la denuncia de un hecho en un área y en una época determinadas.

Otros ejemplos

En el resto de los países hispanoamericanos surgen obras similares con rasgos distintos. Por ejemplo, para algunos autores la región es más importante que el protagonista, para otros es el indio; también se da el evento en el que a la temática anterior se suma la denuncia de abusos e intromisiones extranjeras y el intento por resolver la problemática si el indio es asimilado por la comunidad ladina.

Un ejemplo de este último rasgo se encuentra en la obra *Entre la piedra y la cruz* (1948), del guatemalteco Mario Monteforte Toledo (1911-). En esta novela el protagonista, Pedro Matzar, es un indio de San Pedro La Laguna que nace bajo buenos augurios, tales como el canto del tecolote y un cielo estrellado. El autor describe bastante bien al indio Matzar, quien desde niño esconde algo especial, “algo” que lo ayuda a espantar a la taltuza del sembrado con sólo meter la manita en el hoyo del maizal, y al mismo viento con tan sólo hacerle una señal.

Matzar es fuerte, y en la medida en que Monteforte narra su adolescencia, le agudiza el sentido de observación para que el lector se entere que Bartolo, su padre, no vende la cosecha a justo precio, razón de más para emborracharse y endeudarse con el prestamista de la localidad para no perder la tierra. Como no puede pagarle, éste le cobra a cambio de que se enganche para trabajar en una finca en la costa sur desde donde le deberá enviar parte del sueldo para abonar a la deuda.

Bartolo trabaja en la costa para los prepotentes agricultores alemanes, odiados por los indios y rechazados por los criollos a quienes también les violan las mujeres.

Pedro Matzar se beneficia cuando un finquero lo lleva a vivir con él a la ciudad para que allí reciba educación. El cambio importante, respecto de los ejemplos señalados, está aquí, en el momento en que Pedro, fuera de su ambiente y después de que han transcurrido algunos años, se pregunta: “¿Estaría en realidad el mundo dividido en ladinos y naturales, o en malos y buenos de todas las razas y naciones?” (p. 179).

Pedro Matzar se hace maestro, enseña sin éxito en su comunidad y al no lograr sus ilusiones, una noche, en plena borrachera, se lo llevan preso y termina siendo soldado. La obra finaliza cuando, en la ciudad, Pedro lucha por otra revolución, esta vez en contra de un dictador, sin saber tampoco qué es lo que ha de significar. Lo que sí es cierto es que en ese final, herido en el hospital, medita sobre su presente y futuro de la siguiente manera:

Había que salvar a los indios y a la tierra; no en la lucha de raza a raza, sino en la lucha de hombre a hombre. Los pobres de todos los confines: esos eran los suyos. Porque para dar el primer paso de liberación se habían echado a la calle hombro con hombro, y la sangre ebria esperaba para todos. Fértil, fresco, llegaba el olor de la tierra nueva. Esta vez no se volvería al trote de la acémila, porque los hombres habían aprendido a matar. Y él ya sentía la caricia en la garganta, la voz que traspasaba los valles.

Entre él y la muchacha criolla ya no había “fosos ni obstáculos ... ¿Acaso no se habían juntado ahí, donde nacía un nuevo país, junto a su sangre? Si el indio no buscaba el vientre de una mujer ladina para hincharlo de vida, seguiría

formando parte de la obscura nada melancólica
 ..., ni garra ni voz ni deseo de salvarse.

....

..., Pedro Matzar comprendió que él, para redimir a los suyos, abandonaba el dios de su padre y la casa de su padre” (pp. 301-302).

El final de la novela es abierto. En él se propone una solución que si bien no funciona dentro del marco narrativo ha de prosperar en el futuro de las naciones americanas: la mezcla de indios con ladinos.

El también guatemalteco Carlos Wyld Ospina (1891-1956) toma un camino completamente distinto dentro de la narrativa indigenista porque denuncia problemas mucho más penosos y degradantes. Felipe Esquipulas, el protagonista del cuento que lleva su nombre, incluido en *La tierra de las Nahuyacas*, (1933), es un indio que se emborracha en cuanto recibe su paga. Mientras tiene “pisto” (dinero) busca mujeres distintas que lo abandonan en cuanto se queda sin un centavo. Esto no es nada, porque así como hace lo anterior emprende también, cada cierto tiempo, una “aventura eterna y pasajera” que se inicia cuando cada cierto tiempo se emborracha con su amigo Diego Simón. Cuando ello sucede, Felipe se queda viviendo un tiempo con él y compartiendo la compañera de hogar, a la Paulina, y cuando Felipe se retira de la vivienda, Diego Simón se dedica a esperar que a su mujer le crezca el vientre para luego ocasionar el grotesco desenlace:

“Una de tantas noches, Diego Simón avanza silencioso, extendidos los brazos de gorila hacia el fruto hinchado de la fecundidad. Ni siquiera los ojos pavoridos de la mujer que le rehuye, cubriéndose el regazo con las manos en cruz, temblequeante. Suena un solo grito: Diego Si-

món derriba a su hembra de una brutal zancadilla, le oprime la boca con su manaza abierta, la sujeta de muñecas con la otra; y, espaldas en tierra la cuitada, súbesele sobre el vientre y lo vacía a la presión prolongada, implacable, de sus rodillas y de sus pies curvos, peludos, con uñas negras y retorcidas como las de un animal... y hace varios años que se repite el episodio, sin que nada se altere en la vida familiar: ni muere la Paulina ni se logra salvar el crío...

...

Felipe Esquipulas ríe cuando el patrón le pregunta si ya la Paulina volvió a abortar, ya patrón, abortó por la luna tierna ... ji ... ji.

—¿Y por qué hace esa barbaridad Diego Simón?

—Sólo él lo sabe patrón, sólo él lo sabe ... Y los cuatro pelos de su bigote de gato pajarero tiemblan con el ji ji dichoso del ‘buen recuerdo’ que siempre dejó, para él, la aventura eterna y pasajera ...” (pp. 202-3).

A esta degradante situación se opone la narrativa del peruano José María Arguedas (1911-1970), quien al utilizar un narrador-protagonista y testigo, logra configurar un cuadro poético, casi mítico el que, a mi parecer, constituye el preámbulo de la literatura moderna y vanguardista.

Arguedas crece en una comunidad quechua y domina la lengua, pero escribe en castellano. En *Los ríos profundos* (1957), el joven protagonista narra sus experiencias de adolescente entre viajes por bosques y montañas andinas y un colegio jesuita en la provincia de Abancar. El autor logra que el lector penetre en la poesía, en el mito y en la perenne evocación de la naturaleza que, todopoderosa, surge por encima de ellos. El ruido de las aguas del río Pachachaca, el zumbido del trompo, del *zumbayllu*, la añoranza permanente de la re-

gión andina permite al protagonista refugiarse en la selva porque ésta ha de terminar con la peste que entonces exterminaba a la población:

“Por el puente colgante de Auquibamba pasaría el río, en la tarde. Si los colonos, con sus imprecaciones y sus cantos, habían aniquilado a la fiebre, quizá, desde lo alto del puente la vería pasar arrastrada por la corriente, a la sombra de los árboles. Iría prendida de una rama de chachacomo o de retama, o flotando sobre los mantos de flores de pisonay que estos ríos profundos cargan siempre. El río la llevaría a la Gran Selva, país de los muertos” (p. 244).

La magia, el mito, lo real-maravilloso

Esta actitud poética, aun esperanzadora, se acrecienta y da paso a una literatura que, a pesar de mantener algunos temas, aumenta su valor literario con la magia, el mito y lo real-maravilloso, mundo indescifrable que cobija sutilmente a la narrativa hispanoamericana actual.

Sin lugar a dudas, entre los múltiples ejemplos sobresalientes se puede considerar a *El llano en llamas* (1953) de Juan Rulfo (1918-1986), *Cien años de soledad* (1967) o *La hojarasca* (1972) de Gabriel García Márquez (1928-) y *Hombres de maíz* (1949) de Miguel Angel Asturias (1899-1974).

El llano en llamas (1953) es un conjunto de cuentos en los que los protagonistas rebasan la tipificación del campesino, del indio y del habitante netamente mexicano. La denuncia del fracaso de la revolución, la miseria y el hambre que sufren los personajes así como el permanente abuso de las autoridades, todo está allí, pero esta vez

subyace cualquier tipo de denuncia porque la misma está sujeta a una expresión técnicamente perfecta, al uso artístico del lenguaje. Todo el conjunto de la obra rulfiana es una gran metáfora en la que, sin abandonar el fracaso de la “revolución”, los protagonistas, más que indios o seres que los ejemplifiquen, son humanos, son hombres solos que deambulan entre los vivos como muertos y como muertos entre los vivos.

Cuando leemos el cuento *Diles que no me maten*, título y frase que se repiten continuamente en el transcurso del texto, nos damos cuenta de la angustia vital de Juvencio, que ama la tierra, el agua, el pasto, los animales, la vida y eso es lo que quiere, vivir. Es el amor a la vida lo que sobresale y no que muera por la venganza del hijo militar de su compadre, del hacendado que le niega el pasto y el agua para sus animales.

Si en *Diles que no me maten* resalta la gana de aferrarse a la vida y por debajo aún persiste la temática tradicional que denuncia, por ejemplo, el abuso de las autoridades, en *Pedro Páramo* sucede todo lo contrario. En esta única novela de Rulfo, el personaje central presencia su propia muerte y la narra desde su tumba. En esta obra se rompe el esquema tradicional con más fuerza y con técnica extraordinaria por lo que se entra en un mundo irreal, en el propio infierno que crea Rulfo para que por allí escapen todos sus protagonistas y se queden solos, perdidos al unísono de todos los hombres de la humanidad.

La revolución mexicana ya no es el tema primordial en Rulfo, sino el asunto inicial y luego el motivo que genera la temática de su obra, es decir, la preocupación que tiene el hombre por encontrarse a sí mismo. Por eso Pedro Páramo busca al padre y a la madre, su origen y el de toda la humanidad, problema irresoluble, permanente

que, en el caso de Rulfo, obliga a los vivos a mezclarse con lo desconocido, con el mundo de los muertos.

Miguel Angel Asturias (1899-1974) tampoco abandona los temas tradicionales antes mencionados, no evade la realidad de su pueblo ni de hispanoamérica, inclusive la dictadura es uno de sus invariables temas pero todos ellos los esconde detrás de juegos sonoros de palabras, del entrecruzamiento de dos mundos logrando así que predominen los opuestos, historia y mito, la religión y creencias ancestrales, indios y ladinos, alegría y dolor, vida y muerte. Es el mundo de los contrastes, de lo imaginario e inescrutable que tanto ayuda a definir la idiosincrasia del pueblo americano, hasta su origen, quizá.

Hombres de maíz (1949), título sugestivo y lleno de carga semántica y poética, es una de sus creaciones en las que trata el tema tradicional que denuncia la lucha entre ladinos e indios. Sin embargo, el lector, después de leer la novela no va a meditar, únicamente, sobre la opresión ni sobre el abuso sino que, sobre todo, permanece en la vigilia o recreando sueños o tratando de deslindar el mundo real del fantástico. Leamos un párrafo que se relaciona con el despertar de la borrachera de Gaspar Ilom:

“Cuarenta casas formaban el pueblo. En los aguasoles de la mañana sólo uno que otro habitante se aventuraba por la calle empedrada, por miedo de que los mataran. El Gaspar y sus hombres divisaban los bultos y si el viento era favorable alcanzaban a oír la bulla de los sanates peleeros en la ceiba de la plaza.

El Gaspar es invencible, decían los ancianos del pueblo. Los conejos de las orejas de tuza lo protegen al Gaspar, y para los conejos amarillos de las orejas de tuza no hay secreto, ni peligro, ni

distancia. Cáscara de mamey es el pellejo del Gaspar y oro su sangre –“grande es su fuerza”, “grande es su danza”– y sus dientes, piedra pómez si se ríe y piedra de rayo si muerde o los rechina, son su corazón en la boca, como sus calcañales son sus huellas de sus pies. La huella de sus dientes en las frutas y la huella de sus pies en los caminos sólo la conocen los conejos, amarillos. Palabra por palabra, esto decían los ancianos del pueblo. Se oye que andan cuando anda el Gaspar. Se oye que hablan cuando habla el Gaspar. El Gaspar anda por todos los que anduvieron, todos los que andan y todos los que andarán. El Gaspar habla por todos los que hablaron, todos los que hablan y todos los que hablarán. Esto decían los ancianos del pueblo a los maiceros. La tempestad aporreaba sus tambores en la mansión de las palomas azules y bajo las sábanas de las nubes en las sábanas” (p. 9).

El trozo literario que antecede es buen ejemplo para conocer el arte de Asturias. En él se ve, se siente y se palpa el juego auténtico de las palabras, actitud que se manifiesta en toda la extensión de la obra. Queda claro que, por un lado, el uso de distintos planos narrativos confunde la realidad con la fantasía y por otro, que los recursos poéticos, hipérbatos, metáforas, enumeraciones y los juegos onomatopéyicos dan cabida al aspecto sensorial por lo que la historia pasa a ser elemento artístico y no únicamente el instrumento para la denuncia.

Gabriel García Márquez (1928-) es otro extraordinario autor. En sus obras abunda la temática ya tradicional, la revolución está presente, el imperialismo se denuncia, el abuso de los militares palpita en sus páginas, los coroneles son protagonistas pero también aquí todo está escondido y subyace bajo una naturaleza vigorosa y fuerte. El mundo creado por García Márquez es un mundo igualmente mágico, encantado, asombroso en el

que un protagonista se maravilla de la redondez de una naranja-mundo, otra se eleva al cielo, sobre ellos cae una lluvia de pájaros muertos y los ángeles botan plumas, y criaturas incestuosas nacen con cola de cerdo.

¿Hacia dónde, entonces, nos lleva el cambio en la expresión artística y su relación con el indio?

Los autores contemporáneos auténticamente americanos, que, por supuesto, son muchos más de los aquí mencionados, actualmente no abandonan al "indio" en sus obras, ni mucho menos, lo que pasa es que la literatura hispanoamericana es ya un arte *per se*, en primer lugar. En segundo término, hay que admitir, y esto es lo más importante, que el indio ya no es algo ni alguien aparte, diferente, sino que integra un todo, que es el mundo americano. Por ello juega un papel más complejo, el de hombre sin distingo de raza. Los problemas suyos son los de todos los hermanos americanos, inclusive sus anhelos y sus esperanzas.

Quizá ya se ha llegado al momento en el que ha de surgir una literatura imaginada por el indio, creada por el indio y expresada por el indio, por ese personaje (repito la cita de J. C. González Boixo en *Claves narrativas de Juan Rulfo*) al que José María Arguedas (1911-1970) en *El Zorro de arriba y el zorro de abajo* le pregunta con una carga poética y una gran fuerza temática lo siguiente:

“¿Quién ha cargado a la palabra como tú, Juan, de todo el peso de padeceres, de conciencias, de santa lujuria, de hombría, de todo lo que en la criatura humana hay de ceniza, de piedra, de agua, de pudrición violenta por parir y cantar, como tú, José?” (p. 33).

Conclusión

La literatura hispanoamericana desde la época colonial hasta nuestros días es un reflejo tan fuerte de la realidad histórica que es difícil diferenciar los personajes de la vida real, sobre todo, cuando los protagonistas son los indios.

Los cronistas conquistadores vieron al indio como un ser inferior, como a un enemigo que debía ser vencido con la fuerza de las espadas y por eso el indio en la crónica es un antihéroe, víctima de las circunstancias. Lo mismo sucede con los cronistas evangelizadores que añaden a la perspectiva anterior el concepto de un indio hechicero e idólatra al que hay que salvar por medio de fe cristiana.

A fines del siglo XVIII en la literatura no se evoca la realidad inmediata del indio. Por ello se le concede un papel secundario. Se le menciona más como una figura decorativa y, cuando hay necesidad, se le utiliza para reforzar los ideales independentistas. El indio está prácticamente ausente de los textos.

A fines del siglo XIX y principios del XX, los autores vuelven la mirada a la Naturaleza y a la Patria para encontrar allí la figura del indio, quien también pertenece a ambas. Sin embargo, sólo lo retoman para denunciar el caos en que lo encuentran en una literatura social e indigenista que se agota en sí misma. En estos casos hay menos arte y más historia.

Hasta el momento pareciera que los factores históricos y sociales son una constante en la literatura hispanoamericana pero no es así. La expresión plenamente artística actual, finalmente y para buena fortuna, ahoga estos pesares en el mito, en la magia, en lo real-maravilloso creando así un

mundo mucho más artístico e intelectual que vivencial o experimental.

Lo único que hace falta es la auténtica expresión del indio, su propia perspectiva porque sólo él mismo puede hurgar en los más recónditos lugares de su mente y de su corazón para descri-

frarse a sí mismo y su circunstancia. Cuando él se exprese sin prejuicios, libremente y en toda la magnificencia de la palabra artística, podremos construir el resultado de la suma de los dos mundos, borrar los distingos de razas y culturas y hablar de una hispanoamérica auténtica y original.

BIBLIOGRAFIA

ARGUEDAS, José María. *Los ríos profundos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1978.

ASTURIAS, Miguel Angel. *Hombres de maíz*. Edición crítica de las obras completas. Texto establecido por Gerald Martin. París, Ediciones Klincksieck, 1981.

AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. México. Fondo de Cultura Económica, Colección Popular. Decimoprimer impresión, 1973.

DIAZ DEL CASTILLO, Bernal. *La Verdadera y notable relación del Descubrimiento y Conquista de la Nueva España y Guatemala*. México, Porrúa, 1980.

FUENTES Y GUZMAN, Francisco Antonio. *Recordación florida. Discurso historial y demostración natural, material, militar y política del Reyno de Guatemala*. Tomo III. Guatemala: Biblioteca Goathemala, 1933.

GALLEGOS, Rómulo. *Doña Bárbara*. Guatemala, Editorial Piedra Santa.

GONZALEZ BOIXO. *Claves narrativas de Juan Rulfo*. España, Universidad de León. Gráficas Celarayn, S.A., 1983.

ICAZA, Jorge. *Huasipungo*. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1969.

MONTEFORTE TOLEDO, Mario. *Entre la piedra y la cruz*. Guatemala, Editorial "El Libro de Guatemala", 1948.

REMESAL, Fray Antonio. *Historia General de las Indias Occidentales y Particulares de la Gobernación de Chiapa y Guatemala*. Guatemala, Biblioteca Goathemala, 1932.

RULFO, Juan. *Pedro Páramo y el Llano en llamas*. Barcelona, Editorial Planeta, 1953.

VASQUEZ Y HERRERA, Fray Francisco de Asís. *Crónica de la Provincia de Jesús de Guatemala*. Guatemala, Biblioteca Goathemala, 1940 y 1944.

XIMENEZ, Francisco. *Historial de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. Guatemala, Biblioteca Goathemala, 1930.

WYLD OSPINA, Carlos. *La tierra de las nahuyacas*. Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1933.